

En el otoño del sexenio

Hacia el posneoliberalismo

Entrevista con Lorenzo Meyer

Manuel S. Garrido

El propósito de nuestra plática con el doctor Lorenzo Meyer, va directamente a la cuestión de la crisis de nuestro tiempo, en cuanto a sus modelos o paradigmas de gestión social, económica, política. Por aquí quisimos situar al neoliberalismo como el último de los paradigmas que queda con cabeza.

Nos pareció que a la hora de empezar 1993, era oportuno examinar el estado de cuentas que presentan los resultados de cuatro años de gestión neoliberal, en el contexto del estado de resultados que enseña el mundo, en la economía, la educación, la cultura, el debate intelectual. ¿Dónde están los grandes proyectos? ¿En qué pie se encuentran las apuestas que hicimos en México, con nuestra cultura, con nuestra historia, con nuestras posibilidades reales, con los desafíos en política, con relación al desafío número uno, seguramente universal, que representa la pobreza? Son temas que Lorenzo Meyer ha tocado profundamente en sus obras.

A nosotros nos parece que su intervención en la revista *Mundo* es una contribución que nuestros lectores apreciarán sinceramente.

¿Cuál es la perspectiva del neoliberalismo en México?

Creo que la afirmación de Pablo González Casanova, en el sentido que el neoliberalismo es un modelo en crisis, en el contexto de la crisis de los paradigmas, tiene verdades cen-

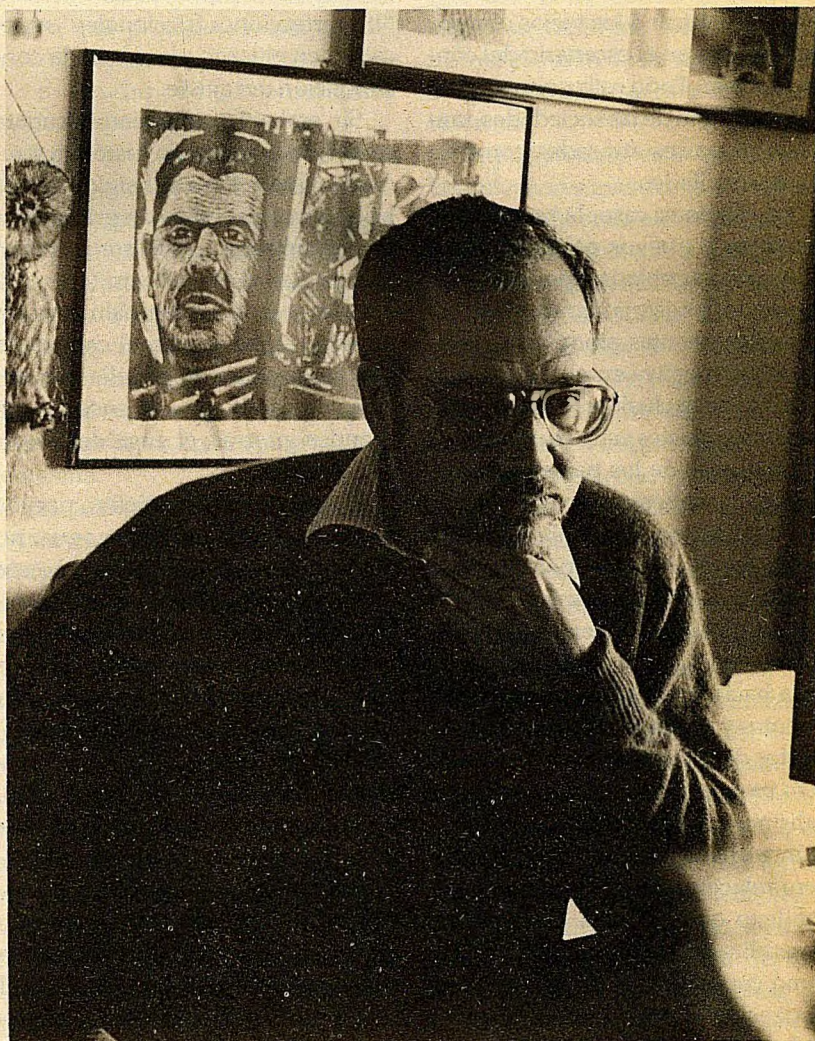


Foto: Jorge Vargas

trales, de las cuales se pueden deducir muchas otras posiciones más particulares. Se trata del paradigma que sobrevive a la muerte de la alternativa que inspiraba al mundo soviético, sobreviviendo como el úl-

timo paradigma, poniendo en claro que esto es lo que está detrás de la afirmación de Fukuyama acerca del fin de la historia.

Por otro lado, creo que el entusiasmo con el que recibió este mode-

lo la actual élite política y la élite del poder en México fue realmente enorme, desbordante. Habían descubierto una verdad en el momento en que se les desmoronaba un modelo económico, que se inauguró con la Segunda Guerra Mundial y que terminó con las lágrimas de José López Portillo. Justo cuando desaparecen las seguridades que les había dado la postrevolución, les surgen otras. Es una especie de suerte charra, esa que usan en los jaripeos, dos caballos corriendo y el jinete da el salto en plena carrera de uno al otro. El neoliberalismo para México fue la suerte charra. Y aparentemente la hicieron muy bien, Salinas cayó montado perfecto, el mundo exterior no lo recibió como un jinete que había realizado una suerte peligrosa y le había salido de maravilla. En los Estados Unidos, Europa Occidental y América Latina, sus gobiernos tuvieron algunas expresiones de apoyo y de admiración por la suerte salinista. En 1988 y 1989 parecía que el nuevo paradigma le daba una dosis de energía a la élite política que no era posible imaginar unos cinco o seis años atrás, lo cual llenó de optimismo a empresarios, algunos círculos intelectuales, a la Iglesia, en fin, a todos los que forman la élite del poder en México. Esa energía se manifestó en el aceleramiento del proceso de privatización. Había entonces mucha seguridad en las órdenes que se daban, existía enorme confianza en el grupo de jóvenes graduados de las universidades del Primer Mundo que nos dirigen ahora, junto a un desdén por el modelo anterior, por la clase política precedente, por todos los que tuvieran dudas acerca del modelo de los nuevos conversos. Ahora, cuando el sexenio entra a lo que podemos llamar su otoño ¿qué pasa con esa seguridad? ¿Estaba avalada, estaba firme?

¿Qué le parece que comencemos por la economía? En este terreno hay fenómenos interesantes de examinar a fondo.

Bien, vamos a empezar por la economía, donde ellos se consideran expertos, donde está el secreto que nos vendieron o que nos obligaron a comprar.

Por ejemplo, la caída del antiguo modelo de esa industrialización fallida, que surgió con Avila Camacho y Miguel Alemán y que terminó en el desastre de la petrolización, tenía como talón de Aquiles la incapacidad de hacerle frente por la vía de las exportaciones a la demanda creciente de recursos, de dólares que necesitaba la planta industrial mexicana para mantenerse y seguir creciendo.

Bueno, ahora resulta que tenemos de nueva cuenta ese enorme déficit. Hemos cambiado de modelo, aparentemente un cambio radical, y resulta que tenemos el mismo síntoma del mal que se suponía iba a curar este nuevo modelo. Tenemos unas importaciones creciendo a una velocidad impresionante y las

exportaciones creciendo con una lentitud, según nos dicen las estadísticas, que no llegan ni al dos por ciento anual en este momento. El déficit que se proyecta para 1992 anda cercano a los 20 000 millones de dólares. Es el mismo déficit, un poquito más, que se proyecta para 1993, y los cálculos no lo bajan mucho para 1994.

Entonces, un desarrollo que se sostiene con un déficit de esa magnitud, una magnitud histórica para un país como el nuestro, quiere decir que estamos recibiendo del exterior una cantidad de bienes y servicios que no se compensa para nada con lo que el nuevo modelo neoliberal está produciendo. Estamos viviendo del capital externo. Antes, en el modelo que terminó, vivíamos de ese capital como préstamos directos al Gobierno. Ahora la deuda ha disminuido, pero es capital que va a las áreas por la vía privada y a las áreas privadas de la economía; pero de todas maneras la economía mexicana se sigue sosteniendo con base en recursos no propios. Y lo difícil, lo peligroso de esta situación, es que



Foto: Ira Wiman



Foto: Julio Candelaria

algunos de estos recursos son muy volátiles. El tipo de capital que está llegando es en parte especulativo, pero una buena parte llega a la Bolsa Mexicana de Valores donde ciertamente se tienen ganancias interesantes; pero con la misma velocidad que viene pueden salir. No hay ninguna traba, no hay control de cambios. De un día para otro pueden pedir que se les regresen los dólares que metieron y sacarlos.

Tenemos una reserva de 18 000 millones de dólares, según dijo el Presidente, pero frente a la magnitud del déficit, es menor la reserva que el déficit. Entonces todo está anclado en la confianza, en suposiciones que pueden o no hacerse realidad, no está anclado en una roca firme, sólida.

Creo que a esta argumentación podrían contestar los responsables de la política mexicana señalando que es temporal, que se trata de una coyuntura en la cual es necesario acumular bienes de capital y bienes intermedios, y que por eso importamos muchísimo y por lo mismo en unos años la economía saldrá adelante. Pues bien, se trata de *confiar*, quizá es una *apuesta*, pero *no es una seguridad*, no es para nada la base firme que se suponía.

Aquí tenemos una de las dudas básicas. El hecho de que con el nuevo modelo se den los mismos síntomas que con el otro ¿es accidente, una cosa pasajera o es algo sustantivo? Si es lo segundo, ¡Dios Santo! El enviado del Vaticano dijo que Dios había llegado a México después de mucho tiempo, pues lo vamos a necesitar. Lo que quiero decir es que vamos a necesitar algo más que el paradigma neoliberal para salir de esto.

Hay otra área que me parece importante, la liga entre neoliberalismo y justicia social. Entre mercado y democracia.

Exacto, el neoliberalismo presume que está ahí verdaderamente, en su centro, la semilla de la justicia sustantiva. Por ser enemigo, al menos en teoría, del populismo, del neopopulismo, del falso bienestar, los neoliberales señalan que con esta nueva situación, en que las fuerzas del mercado asignan los recursos escasos de la sociedad y premian la eficiencia, habría un crecimiento neto de la riqueza; una riqueza que se iba a filtrar —porque es una de las premisas de este modelo, que el mercado filtra sus beneficios— o que si no los filtraba, el Estado abriría más las mallas del colador y haría que saliera hacia abajo esa riqueza.

za. Pero, cuando menos despierta sospechas que, al lado del esquema neoliberal esté Solidaridad, que en principio no tiene por qué estar en el esquema. El caso es que el Estado extrae una parte relativamente pequeña de la riqueza nacional y la reparte *instantáneamente*, no por la vía del mercado, sino por la vía de decisiones políticas, a los grupos que más siente afectados. El problema es que esta repartición de la riqueza no es para atacar la pobreza, sino para atacar los *resultados* de la pobreza. De modo que la enfermedad queda tal cual, porque supuestamente la enfermedad la va a curar el neoliberalismo, y Solidaridad es nada más la Cafiaspirina que quita los dolores, mientras la gran medicina toma su tiempo. Hasta aquí todo indica, sin embargo, que está tomándose mucho tiempo, porque las cifras del INEGI señalan que, entre 1981 y 1991, la participación de los sueldos y salarios en el Producto Interno Bruto ha decrecido de una manera significativa. Han disminuido en una quinta parte. Es decir, la proporción del valor de la riqueza producida, la que va a sueldos y salarios, que es lo que se supone que constituye el elemento para atacar la pobreza permanente, esos han disminuido, mientras el capital ha estado ganando terreno. Todas las cifras publicadas, con base en los datos oficiales, muestran que la concentración de la riqueza va en aumento...

En la actualidad este es un campo lleno de interrogantes...

Claro. ¿La concentración de la riqueza es temporal o más bien un fenómeno que tiende a consolidarse, a congelarse, antes que un fenómeno pasajero que luego fácilmente disminuye? ¿Dónde están ahora aquellos países que fueron el origen del neoliberalismo: Gran Bretaña y Estados Unidos? En Gran Bretaña se

ha consolidado una concentración de la riqueza y no una redistribución de la misma. Por otro lado, si algo nos demuestra la derrota de Bush y la victoria de Clinton es que el público americano empezó a entender también eso. Nosotros ¿por qué vamos a esperar lo contrario, es decir, redistribución en lugar de concentración y agudización de la pobreza? Puesto que en el fondo del modelo neoliberal no se espera lo contrario a una concentración brutal de la riqueza, eso es lo que justifica la importancia cada vez mayor de Solidaridad, que ahora es una Secretaría de Estado, cuyo titular aspira a la Presidencia. Hay que decir que por la vía de institucionalizar esta pequeña *desviación* del neoliberalismo se pone de manifiesto, precisamente, la desconfianza en uno de los postulados básicos del modelo: que el mercado no solamente tiene la capacidad de aumentar la eficiencia, sino también la justicia. Solidaridad lo está demostrando.

En este sentido, haciendo un juego de pensamiento filosófico-político, esta *desviación* no sería tan extraña a la cultura política de América Latina, y menos de México. De la postura neoliberal puede pasarse, a su vez, a través de una especie de suerte charra, de vuelta al caballo del populismo. A fin de cuentas la base de ambos casos, en el neoliberalismo como en el populismo, es el autoritarismo.

Es probable, pero por ahora no hay señales en ese sentido, al contrario, hay un compromiso absoluto, serio, tajante, cotidiano, de que no se volverá al populismo y de que Solidaridad no es neopopulismo; sin embargo, podemos decir que existen *elementos* para afirmar que sí hay neopopulismo en Solidaridad. Ahora, de que se pase o no de un caballo a otro, constituye una posibilidad arraigada en la vida política de México, donde se hacen afirmacio-

nes tan efímeras como tajantes. El sexenio llegará puntualmente a su fin, y se volverán a abrir todas las opciones y esa podría ser una. No estoy seguro de que finalmente fuera la respuesta, a lo mejor resultaría tan débil como la otra.

Vuelvo al punto inicial: no hay en este momento paradigmas alternativos. Probablemente estamos en el punto, no sólo del postsocialismo, no sólo del postpopulismo, sino también en el posneoliberalismo. Mientras tanto, la sociedad mexicana ha pagado y está pagando un precio muy grande, sin que haya visto ninguno de los beneficios sustantivos que cada modelo hasta aquí le ha hecho creer.



Foto: Mario Díaz



Foto: Darío López